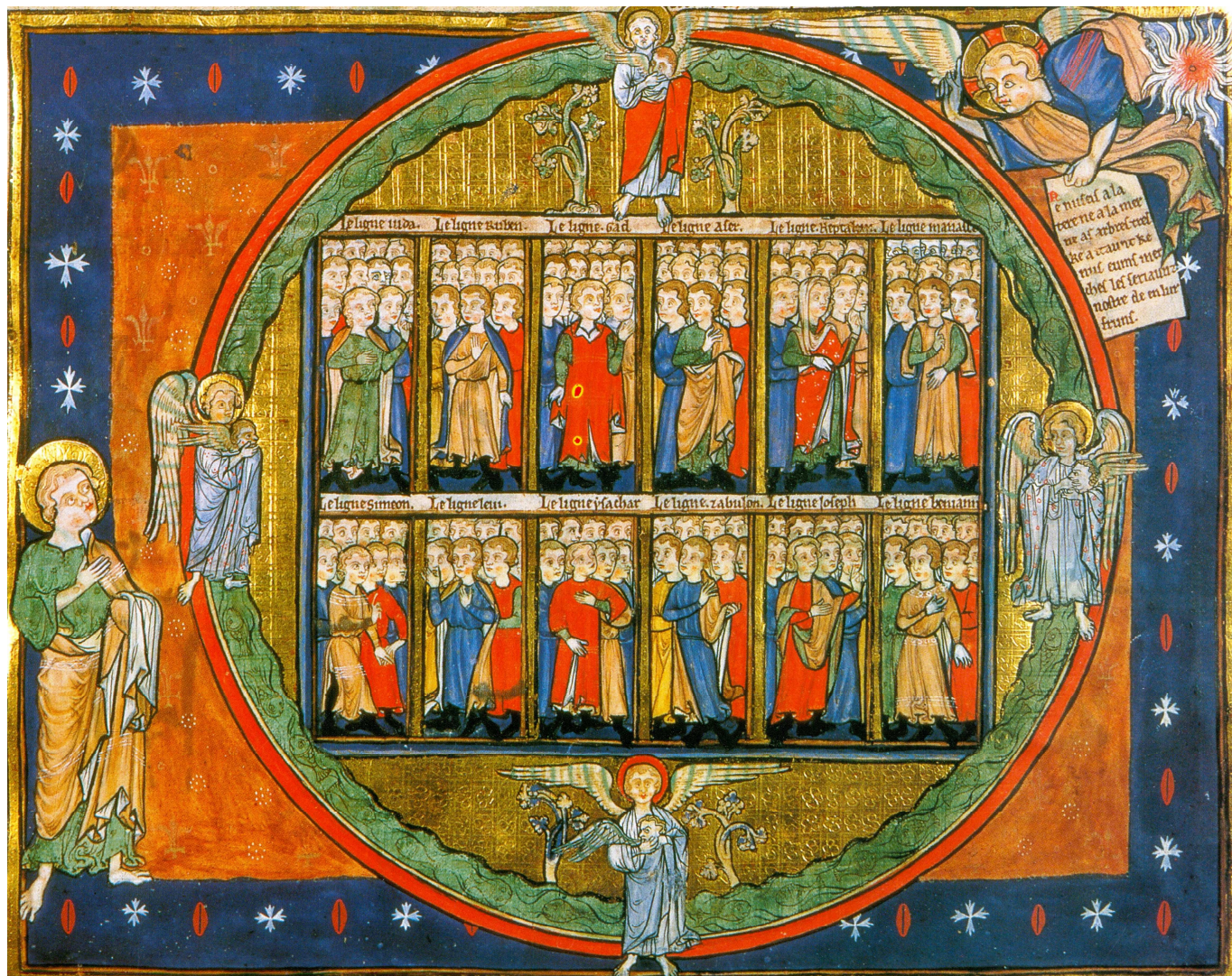


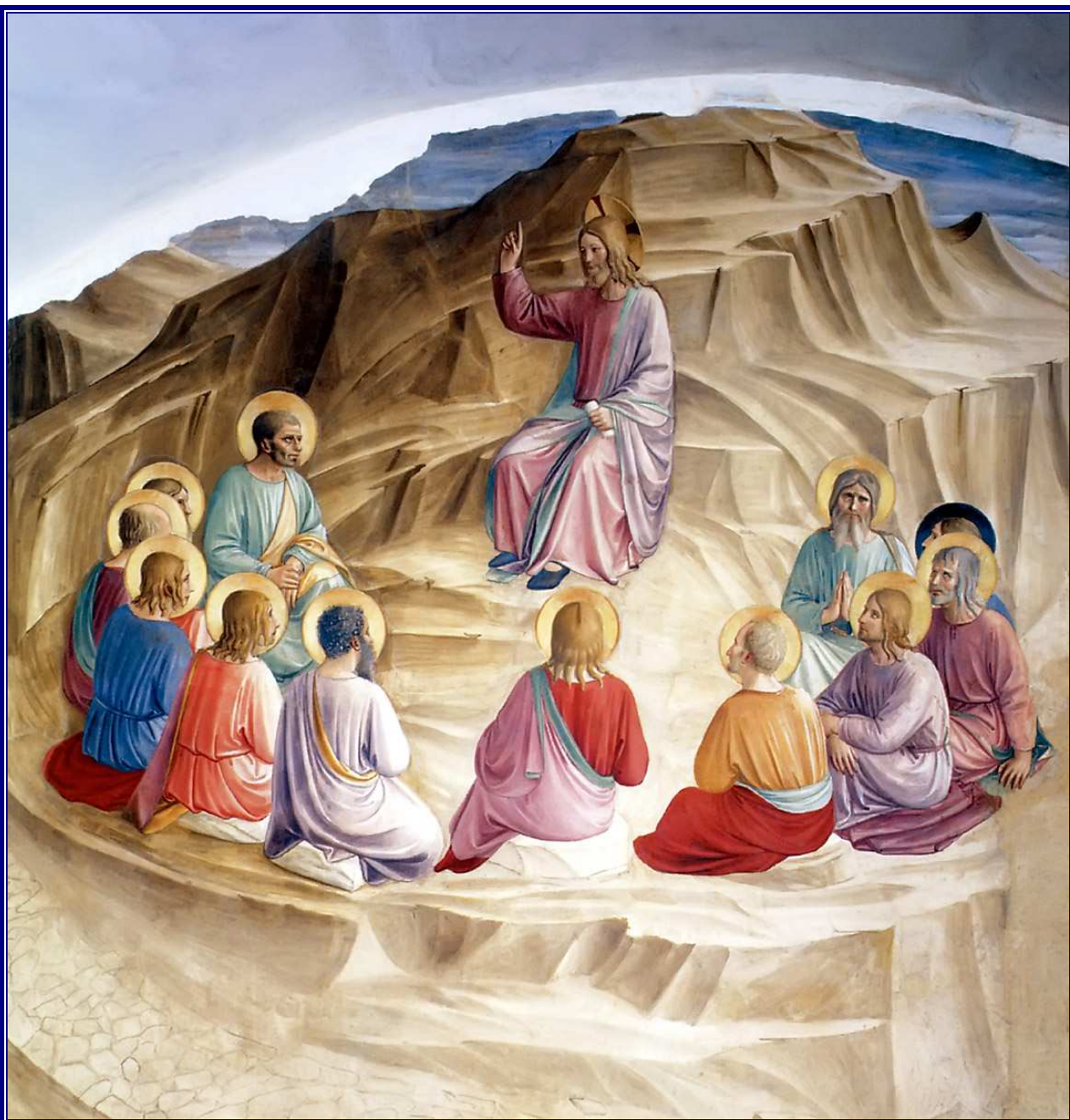
✠ Imágenes para Orar con el ciclo litúrgico "B" ✠

Domingo de Todos los Santos



Apocalipsis del Trinity Collage

años 1242-1250



Sermón de la Montaña
Fra Angelico, siglo XV



El Sermón de la Montaña

Autor: Carl Friedrich Bloch, pintor danés del siglo XIX



Sermón de la Montaña

Autor: Pedro Pérez, siglo XX

Homilía para la Fiesta de Todos los Santos

Lectura: Ap 7,2-4.9-14

Autor: P. Heribert Graab S.J.

En mi niñez (preconciliar)
las fiestas de Todos los Santos
y de los Fieles Difuntos estaban fuertemente deslindadas.

Todos los Santos era una gran fiesta
(incluso no había clase).
En la liturgia se celebraba de forma ostentosa y llena de alegría
- “a tres voces”, con vestiduras y música de fiesta-
el gran número de santos de nuestra Iglesia.

Por el contrario, los Fieles Difuntos era un día
de conmemoración de los muertos y de tristeza:
el coro de la iglesia se cubría con paños negros,
en las gradas del altar estaba cubierta con paños negros la “tumba”
– una especie de monumento fúnebre en forma de sarcófago.
El sacerdote, el diácono y el subdiácono
llevaban casullas negras.
El canto coral solemne del “Réquiem”
acompañaba la liturgia.

Por el contrario, la piedad popular apenas diferenciaba ambos días:
Las familias se encontraban para Todos los Santos
en las tumbas de los difuntos
y se encendían tantas luces
que todo el cementerio resplandecía
con un rojo cálido y lleno de esperanza.
Acto seguido se reunía toda la familia
-en parte llegada de lejos-
para un alegre encuentro en una buena comida.

¡Me parece que la piedad popular
estaba muy cerca de la fe pascual de la cristiandad!

En primer lugar nos preguntamos:

¿Quiénes son estos santos que celebramos hoy?
Para ello, debemos saber qué significa “santo”.
Sobre todo y en estricto sentido de esta palabra
Dios mismo es santo.
Él es Santo en Su esencia.

Cuando decimos de una persona que es santa,
queremos expresar que pertenece totalmente a Dios.
Pero por el Bautismo todos pertenecemos totalmente a Dios.
En este sentido dirige Pablo su Carta a los Romanos
“a todos amados de Dios, que estáis en Roma,
santos por vocación”. (Rom 1,7)
Y en su segunda Carta a los Corintios
escribe Pablo
“a la Iglesia de Dios, que está en Corinto,
con todos los santos, que están en toda Acaya”
(2 Cor 1,1).
En consecuencia, yo podría haber comenzado mi homilía con la
expresión: “¡A vosotros santos de Sankt Peter!”

En la primera Lectura del Apocalipsis de Juan
se habla de un gran número
“que están marcados con el sello”,
y de las incontables multitudes
“de todas las naciones, razas,
pueblos y lenguas”,
que están con blancas túnicas
delante del trono del Dios viviente.
El “sello” es el sello del Bautismo
y también las blancas vestiduras aluden al Bautismo.

Todos ellos vienen “de la gran tribulación” de este mundo y, ante

todo, de la tribulación de las persecuciones de cristianos romanos.
Todos ellos han acabado su vida en la confesión bautismal de Cristo
o incluso en le martirio por Él.

Innumerables personas a través de los siglos
han recorrido su camino hasta la muerte
en comunión con Jesucristo y, por medio de Él,
con Dios –
también y ciertamente en las tribulaciones de la vida.

Todos pertenecen definitivamente a Dios
y tienen parte en la alegría pascual del Cristo Resucitado.
La Iglesia los celebra a todos con total alegría
en la fiesta de Todos los Santos.

Mirado de forma precisa, nosotros celebramos con ellos también a
nuestros muertos.

Finalmente estamos convencidos por la fe,
de que también ellos pertenecen a Jesucristo
(y, por medio de él, a Dios).

¡Están bautizados!

¡Y Dios es fiel!

Él responde de Su amistad,
para la que el Bautismo es un signo indeleble.

Ciertamente nosotros mismos no podemos garantizar nuestra
fidelidad

y tampoco la fidelidad de nuestros muertos.

Pero nos podemos abandonar al cien por cien
en la misericordia de Dios.

El Dios misericordioso sanará

-por Su propia fidelidad-
nuestra infidelidad.

Este proceso de curación
puede ser “doloroso”

“cuando Él se manifieste y Le veamos como Él es”

(1 Jn 3,2)

y, al mismo tiempo, a nosotros mismos en nuestra mezquindad.

Esto lo expresa la tradición de la Iglesia con la expresión figurativa
del “purgatorio”.

Más bien se ha hablado del “purgatorio”
como de un largo proceso de purificación en el tiempo.
Pero debiéramos tomar verdaderamente en serio
la muerte como el final de nuestra vida en el tiempo y en el espacio y
como la confrontación
con la eternidad de Dios.
Entonces no hay ningún tiempo
“después” de la muerte.
Entonces este “después” sólo existe desde nuestra óptica, mientras
aún vivimos en el “tiempo”.
Pero para los muertos no hay ningún “después”,
porque su nueva realidad es “eterna”,
por consiguiente fuera del tiempo.

Pero también hay sólo desde nuestra óptica
un espacio de tiempo entre la muerte individual
y el “Juicio Final” general.
Pero para los muertos ambos coinciden:
En la muerte se da el paso del creer al ver.
El “ver a Dios, como Él es”, los purifica,
los “transforma”, los configura para lo que verdaderamente son:
Imagen y semejanza de Dios.
Esto precisamente significa “Juicio Final”;
esto también significa “purgatorio”.
Éste es el momento de la manifestación definitiva
de la misericordiosa justicia de Dios.
Es el momento de la Nueva Creación del ser humano
en su perfección,
en su bienaventuranza:
“Entonces estaremos para siempre con el Señor.” (1Tes 4,17)

En el “ahora eterno” están nuestros muertos
en la presencia beatífica del Señor.
Lo que Dios ha comenzado en el Bautismo –
en la muerte Él lo termina:
amistad gozosa “eternamente y para siempre”.

En la confianza celebramos
Todos los Santos,
también con la vista en nuestros difuntos.
El júbilo celebrativo impregna esta fiesta,
mientras nosotros contemplamos a los muertos
en su nueva vida en la gloria de Dios.

Pero, al mismo tiempo, nosotros no nos podemos liberar totalmente
de nuestra propia óptica,
que está impregnada de despedida y de tristeza.

Aún están las lágrimas en los ojos.
¡Debemos dejar espacio a estas lágrimas de tristeza!
El día de la conmemoración de los Fieles Difuntos
se ofrece a ello.

Pero también podemos confiar en que:
“Dios enjugará las lágrimas de nuestros ojos”
(cf. Ap 7,17).

Todos los Santos y los Fieles Difuntos forman un conjunto y una
unidad:

La tristeza del día de Difuntos está ya transformada en la alegría de
Todos los Santos.

“¡Consolaos, por consiguiente, unos a otros
con estas palabras!” (1 Tes 4,18)

Amén.

www.heribert-graab.de

www.vacarparacon-siderar.es